

La soledad en las relaciones de pareja; una perspectiva filosófica en el libro *un vestido rojo para bailar boleros* de Carmen Cecilia Suárez

Francisco Fajardo Trujillo
Estudiante Lic. Educación Básica
Con énfasis en Lengua Castellana
Universidad del Tolima -IDEAD

Pocas veces pensamos en lo que tenemos,
pero siempre en lo que nos falta.

Arthur Schopenhauer

Un vestido rojo para bailar boleros es el título del libro de Carmen Cecilia Suárez, en el que a través de 37 cuentos habla del amor, el erotismo, la mujer, la sexualidad y la soledad que conllevan las relaciones de pareja. Cada uno de sus relatos lleva impregnado un dejo de desengaño, de frustración, de abandono y de fracaso, que serán analizados desde una perspectiva filosófica existencialista, apoyada en la riqueza simbólica que la narrativa ofrece. La soledad, protagonista en muchos de sus cuentos, no solo aparece en la dimensión física, sino también en la psicológica. No solamente el ser humano experimenta la soledad respecto al Otro, sino también en sí mismo, en un abandono de sus ideales y de sus propios anhelos.

En el cuento *Metamorfosis*, el deseo de liberación está presente; una relación en la que ella se siente sola a pesar que duerme al lado de su esposo, una compañía lacerada por los afanes de lo cotidiano, por los deberes. Ella desea desprenderse de las ataduras y renacer sin cargas, sin angustias. Desea terminar la relación a pesar del dolor que eso supone, pero con la esperanza de encontrar nuevos caminos tranquilos y felices. “Soñé que gritaba y que me liberaba de esta vieja amargura, como tal vez caiga la piel arrugada de la oruga

al convertirse en mariposa” (Suárez, 1997, p. 9). La mariposa tiene una simbología de renacer, de cambio, tal como lo retrata Chevalier “Otro aspecto del simbolismo de la mariposa está fundado en su metamorfosis: la crisálida es el huevo que contiene la potencialidad del ser; la mariposa que sale es un símbolo de resurrección” (1986, p. 691).

Una de las principales razones del fracaso de las relaciones de pareja es el aburrimiento. Al comienzo de los noviazgos todo es novedad y se descubren a diario aspectos del Otro que construyen y hacen más fuerte la relación. Luego al sentirse satisfecho, comienzan a surgir nuevos deseos y anhelos que muchas veces chocan con los de su pareja, en la mayoría de los casos producto de una moral cristiana o una cadena de valores, representaciones y arquetipos heredados de la cultura. Para Schopenhauer (1818), la vida es sinónimo de sufrimiento porque siempre se vive deseando algo. Pero este deseo no acaba nunca, pues una vez alcanzado, surge un nuevo deseo por satisfacer, haciendo al hombre un ser que vive en la carencia, un ser incompleto.

Mientras queremos, sufrimos por la carencia que ese sufrimiento supone; cuando el querer es

satisfecho, surge algo peor que el sufrimiento: el aburrimiento, que nos hace sentir el vacío de la voluntad desocupada. Pero la rueda de Ixión nunca se detiene: pronto aparecerá un nuevo deseo con un nuevo dolor, y su satisfacción volverá a mostrarse vana para calmar la sed de la voluntad; una voluntad que nunca encuentra un objeto que satisfaga su querer, porque en realidad no quiere nada y en el mundo fenoménico se limita a aparentar un querer. (p. 12)

Para Heidegger (1927), el ser humano está arrojado en un mundo de posibilidades, las cuales por su condición finita no puede elegir las a todas, siendo esta la razón, por la que es un ser en proyecto, está siempre siendo, es la condición de la existencia humana.

El Dasein, en cuanto afectivamente dispuesto, por esencia ya ha venido a dar siempre en determinadas posibilidades; por ser el poder-ser que es, ha dejado pasar algunas, renuncia constantemente a posibilidades de su ser, las toma entre manos o las deja escapar. Pero esto significa: el Dasein es un ser-posible entregado a sí mismo, es, de un extremo al otro, posibilidad arrojada. (p. 134).

Son esas posibilidades que la existencia ofrece, las que hacen posar los ojos en otras personas, entrando en conflicto el deseo individual, con la norma social y cultural, representadas en este caso por la monogamia, el matrimonio y la fidelidad. Y es que la figura del matrimonio monogámico nace con las primeras civilizaciones, deudora de un interés materialista; el de conservar y heredar los medios de producción. Al pasar de sistemas matriarcales en donde se heredaba por línea materna, al patriarcado, la monogamia se sabe indispensable para mantener la herencia; el hombre pretende asegurar que el hijo parido por su esposa es suyo.

La monogamia nació de la concentración de grandes riquezas en las mismas manos —las de un hombre— y del deseo de transmitir esas riquezas por herencia a los hijos de este hombre, excluyendo a los de cualquier otro. Por eso era necesaria la monogamia de la mujer, pero no la del hombre; tanto es así, que la monogamia de la primera no ha

sido el menor óbice para la poligamia descarada u oculta del segundo (Engels, 1884, p. 57)

En el cuento, *Un vestido rojo para bailar boleros*, la protagonista se encuentra en una situación de divorcio, se ha citado con su esposo para ultimar detalles, pero en un encuentro entre las dos consciencias, en un asomo de honestidad en el que ya todo se veía perdido y no quedaba nada por ofrecer, más que decirse la verdad, ella se muestra inconforme con haber suprimido sus fantasías en favor de la relación amorosa. Escribe Suárez (1997):

No sé, creo que el matrimonio podría ser, si no asfixiara; si dejara a cada cual ser uno. No entiendo por qué tiene que ser la negación de tantas cosas, de tantos deseos; tal vez es por eso que allí terminan todos los cuentos de hadas. (p. 24)

Para Chevalier el matrimonio es el “Símbolo de la unión amorosa del hombre y la mujer. En sentido místico significa la unión de Cristo con su Iglesia, de Dios con su pueblo, del alma con su Dios” (1986, p. 699). En el matrimonio (no hablo solamente de la institución formal, sino de todas las relaciones de pareja), existe una relación política de dominación, de sometimiento, en donde las posibilidades se ven reducidas por una de las dos personas, generalmente por el hombre.

La noche en la vida cotidiana, es ese momento en el que las personas van a descansar y tienen en la mayoría de los casos, encuentros sexuales; es el momento ideal para la intimidad. Más allá de esta mirada coloquial, en la narrativa de Suárez se le vincula con momentos de reflexión, en el que la tranquilidad misma del silencio invita a pensar acerca de las decisiones tomadas durante el día. En el cuento titulado *La noche*, la protagonista siente angustia por no haber sido o por haber dejado de ser. Siempre en carencia, de nuevo el ser humano se siente frustrado y vive su angustia existencial, en este caso al ser abandonado después de una noche de placer sexual que no se volvería a repetir.

Esa noche fue como una pérdida de la virginidad con todo y sábanas manchadas. Para ti fue la primera vez en muchos meses; para mí la primera vez en varios años con alguien diferente de él. Me arrepiento de no haberte tocado más, mirado más a los ojos, de no haber dormido abrazada a ti (Suárez, 1997, p. 12)

“Para los griegos la Noche (Nyx) es hija del Caos y madre del Cielo (Ouranos) y la Tierra (Gaia). Engendra igualmente el sueño y la muerte, las ensoñaciones y las angustias, la ternura y el engaño” (Chevalier, 1986, p. 753). Aparece la soledad como denominador común en las relaciones de pareja y la mujer, como la figura de amante menospreciada. En algunas culturas como la china, a los reyes se les era permitido tener concubinas; eran mujeres jóvenes que servían como amantes sexuales, con los mismos derechos que la esposa, pero siempre en segundo lugar. Mucho tiempo atrás, en la Biblia, también aparece la figura de la esclava con derechos sexuales; la más conocida Agar, quién le dio un hijo a Abraham porque su verdadera esposa Sara era estéril.

En la antigua Grecia era toda una institución y sobre todo los hombres de ciertos recursos podían tener en su casa una esposa legítima, hija de ciudadano, con los que tenían sus hijos legítimos ciudadano (el matrimonio era monogámico), y además una o más concubinas permanentes, metidas igualmente en casa y que debían mantener, con las que podían tener hijos que debían alimentar si los aceptaban, pero que nunca serían herederos totales ni ciudadanos de pleno derecho político. (Diccionario etimológico de Chile)

Es imposible analizar el libro de Suárez sin mencionar un elemento tan importante como el baile. En las narraciones, el ritmo de bolero aparece en varias ocasiones, pero es la danza la que remite un significado simbólico. En la cultura popular siempre se le ha relacionado con un rito de seducción, de flirteo; también, como una representación del acto sexual de pie. Dependiendo de los ritmos, el hecho es que, al bailar, siempre están implicados los

cuerpos; una intimidad y una cercanía, hacen que entre las parejas nazca o haya existido siempre una afinidad, una armonía. El baile es la representación más común del coqueteo.

Símbolo de la liberación de los límites materiales, la danza puede convertirse en la manifestación de la vida espiritual. (...) En ella, ritmo, melodía y palabra sintetizan en el cuerpo humano el espacio y la duración en su capacidad de expresión (...) La danza es pues también el momento por excelencia en el que el hombre se realiza como hombre y la mujer como mujer (Chevalier, 1986, p. 397)

La protagonista del cuento desea alcanzar espacios más amplios de libertad, llevar a cabo sus fantasías anuladas o ignoradas completamente por su pareja; un hombre frío y callado que permanece en el estatismo.

Veamos: bailar, usted sabe, me fascina. El sentir un cuerpo cálido junto a mí moviéndose suavemente al ritmo de un bolero, es una experiencia maravillosa a la cual no quiero renunciar por el resto de la vida, solo porque usted no la quiere vivir a mi lado (Suárez, 1997, p. 24)

Hasta el momento, se han evidenciado en los relatos, inconformidad, infelicidad, frustración y sometimiento de la mujer en las relaciones de pareja, alegando indiscutiblemente, una soledad resultado de renunciar categóricamente a su trascendencia, a su desarrollo como mujer, a su libertad como ser existencial. Allí, se hace necesario entonces, mencionar claramente la perspectiva moral existencialista, bajo la cual se está realizando este análisis. En “El segundo sexo” Simone de Beauvoir (1949), ofrece una luz en este aspecto.

A continuación, expone los presupuestos básicos de esta moral: 1) *Todo sujeto se afirma concretamente a través de los proyectos como una trascendencia.* (...) el sujeto se hace ser a través de lo que él hace, pues antes de hacer nada es una mera existencia sin esencia, sin entidad, arrojada en el mundo. Ese hacerse ser consiste en realizar acciones que son cumplimiento de los proyectos-fines que se ha propuesto. 2) *Sólo hace culminar*

su libertad cuando la supera constantemente hacia otras libertades. Es decir, sólo me realizo como libertad superando constantemente lo que soy y alcanzando nuevas libertades desde las que haré nuevos proyectos. Si el sujeto es proyecto de ser, lo es constantemente, a lo largo de toda su vida, y esta es un encadenamiento de proyectos. 3) *No hay más justificación de la existencia presente que su expansión hacia un futuro indefinidamente abierto.* (p. 9)

De esta manera, como el ser humano es posibilidad, siempre está en búsqueda de trascendencia, es proyecto. Como dice Heidegger poder-ser. Entonces las relaciones de pareja se estatizan en su rutina de lo mismo llevándolos a la inmanencia, reduciéndolos a objetos cosificados que pierden en esencia su humanidad. Como lo dice Jean Paul Sartre en *El ser y la nada* “un ser que es lo que es, en la medida en que se lo considera como siendo lo que es, no solicita nada para completarse” (1943, p. 103). Se convierten entonces en personas terminadas, sin proyectos, repiten una y otra vez su mecanismo, pierden la alegría por vivir y se sumergen en las aburridas aguas de la rutina. Expresándolo de una manera más clara, el ser humano desea lo que no tiene y quiere ser lo que no es.

Gracias al dominio del hombre sobre la cultura del mundo, muchos de los símbolos se le han atribuido a él como superiores o activos y a las mujeres como inferiores o pasivos. Un caso conocido es la representación del sol y de la luna; dos elementos que significan al tiempo fuego y agua, principios que se pueden apreciar en el cuento *Inevitable*. Por ser corto, se lo puede citar de manera completa.

Él era signo de fuego, destellante, chispeante, fascinante, centelleante, rutilante, llameante, fulgurante, eclipsante, jugueteante, tintineante, deslumbrante, volátil e inasible. Ella era signo de agua, ondulante, inundante, zigzagueante, provocante, esquivante, titubeante, amenazante, apabullante, ahogante, suave y fresca. La relación fue un cortocircuito. (Suárez, 1997, p. 99)

A la mujer se le han asignado un sinnúmero de cualidades subsidiarias del hombre; en la mayoría de los casos, asociadas a una visión negativa respecto de las cualidades masculinas. Al hombre se le concibe como fuerte, activo, asociado con el fuego y a la mujer como débil, pasiva y asociada con el agua. Carl Jung, al estudiar los mitos, identificó unas características que se repitieron respecto a las conductas asociadas al hombre y a la mujer: las llamó arquetipos. A la parte femenina presente en el hombre la llamó *anima* y a la parte masculina presente en la mujer la denominó *animus*. Los dos arquetipos están perfectamente marcados en el cuento de Suárez y han sido durante mucho tiempo y actualmente persisten, una de las razones por las que mujeres y hombres fracasan en las relaciones de pareja. Las mujeres considerándose débiles, inferiores, necesitadas del hombre, y el hombre negando su feminidad, mostrándose insensible, negando su inconsciente y naturaleza escindida por las costumbres.

La forma arquetípica en la que se ha expresado la feminidad, está asociada al signo del agua, generalmente reconocido como inestable, emocional, suave, frío, según lo indica Suárez en el cuento. Para Carl Jung, citado por Estramiana, Galdós & Ruiz (2007):

Todo hombre lleva la imagen de la mujer desde siempre en sí, no la imagen de esta mujer determinada, sino de una mujer indeterminada. Esta imagen es, en el fondo, un patrimonio inconsciente, que proviene de los tiempos primitivos y, grabada en el sistema vivo, constituye un tipo de todas las experiencias de la serie de antepasados de naturaleza femenina, un sedimento de todas las impresiones de mujeres, un sistema de adaptación psíquica heredado. (2007, p. 140)

La inferioridad que la mujer ha mostrado a lo largo de la historia, es producto de un elemento biológico que fue potencializado por los mitos, la religión y la cultura. Aún se mantiene vigente en Colombia y en América Latina, principalmente por el efecto de las costumbres y se refleja en las

altas cifra de maltrato femenino, madres solteras y una reciente cantidad de mujeres preparadas académicamente, que han conseguido abrirse paso en el mundo laboral, pero que no logran tener una pareja, porque significan una amenaza a la psicología machista de la mayoría de los hombres.

En los cuentos de Suárez también están presentes algunas conductas populares como la lectura de cartas, el tarot y a menudo se menciona el destino, como posibilidad en la existencia de los protagonistas. En los cuentos *Piscis o Equívoco telepático*, *Justa causa*, *Sagitario*, *Magia Astral* y *Deja que el destino nos una*, aparecen el tarot y la astrología como elementos simbólicos, importantes en la determinación del camino de los protagonistas. “Vivió con ella doce años, pero sólo la comprendió una noche en que le leyó el tarot. Entonces se separó de ella por incompatibilidad” (Suárez, 1997, p. 63). Para Chevalier (1986), los astros:

En general participan de las cualidades de transcendencia y de luz que caracteriza al -; cielo, con un matiz de regularidad inflexible, gobernada por una razón a la vez natural y misteriosa. Están animados de un movimiento circular, que es el signo de la soberana perfección (->. estrellas, -; luna, -> sol). El astro es el símbolo del comportamiento perfecto y regular, así como de una inmarcesible y distanciada belleza. (p. 147)

Es a través del mito, la religión y las costumbres, que existe un concepto popular de perfección en las relaciones de pareja. Se piensa que en el mundo existe una persona destinada a otra y que cuando estas se encuentran, es para no separarse jamás. Imaginar que hombre y mujer son incompletos y que la completud se halla en la pareja, es un sedimento del mito platónico de los Andróginos relatado por Aristófanes en *El Banquete*.

En otro tiempo la naturaleza humana era muy diferente de lo que es hoy. Primero había tres clases de hombres: los dos sexos que hoy existen,

y uno tercero compuesto de estos dos, el cual ha desaparecido conservándose sólo el nombre. Este animal formaba una especie particular, y se llamaba andrógino, porque reunía el sexo masculino y el femenino; pero ya no existe y su nombre está en descrédito. (Platón, 380 a de C, p. 25)

Como los dioses se vieron amenazados por la fuerza que poseían estos seres que tenían forma de esfera, con cuatro brazos y cuatro piernas y eran al tiempo hombre y mujer, pensaron en la manera de poder reducirlos y dominarlos. Entonces decidieron separarlos.

Después de esta declaración, el dios hizo la separación que acababa de resolver, y la hizo lo mismo que cuando se cortan huevos para salarlos, o como cuando con un cabello se los divide en dos partes iguales. Hecha esta división, cada mitad hacía esfuerzos para encontrar la otra mitad de que había sido separada; y cuando se encontraban ambas, se abrazaban y se unían, llevadas del deseo de entrar en su antigua unidad, con un ardor tal, que abrazadas perecían de hambre e inacción, no queriendo hacer nada la una sin la otra. (Platón, 380 a de C, p. 25).

Este relato contenido en *El Banquete* de Platón es uno de los cinco relatos que aparecen en el mismo libro, y que buscan explicar el amor, pues además del pensamiento de Aristófanes, están presentes otros relatos, incluidos el de Sócrates que analiza el amor de manera más depurada y bajo una reflexión racional y lógica.

Para Sócrates, el amor es el amor de algo, por consiguiente, es el deseo de lo que nos falta, de algo de lo que carecemos. Se ama lo que no se tiene; el amor es la búsqueda de lo que nos falta; pretendemos encontrarlo en el otro y así intentar poseerlo todo, pero ¿es posible lograrlo? Esa búsqueda del amor jamás concluye, nunca se cierra porque siempre estamos en proyecto.

¿Poseemos lo que deseamos? No, de tenerlo, no lo deseáramos dice Sócrates, se ama o se desea lo que nos falta.

[...] mira si no es más bien necesario que el que desea le falte la cosa que desea, o bien que no la desee si no le falta. [...] - Por lo tanto, lo mismo en este caso que en cualquiera otro, el que desea, desea lo que no está seguro de poseer, lo que no existe al presente, lo que no posee, lo que no tiene, lo que le falta. Esto es, pues, desear y amar. (Platón, 380 a de C, p. 33)

El mito de Aristófanes aún habita en los corazones de hombres y mujeres que buscan su media naranja, su completud en el Otro, y cuando fracasan, se suman en el abandono, siguen al lado de la pareja a pesar de que les infligen sufrimiento, viven rogando que sean amados o azuzados por sentimientos de superioridad, le causan daños físicos irreparables a la pareja, como los conocidos casos de laceraciones en el rostro o el asesinato. Suárez (1997), retrata perfectamente la idea de destino en *los amantes siempre vuelven*:

Sabías que volvería, por la bruja que te dijo que serían felices para siempre – a pesar de aquella mujer a su lado- por los muchos sueños en que te viste viajando con él alrededor del mundo y por la foto que les tomaron juntos, dos años antes de que se conocieran y que tu compraste porque fue la única que te sacaron ese día y que te hizo pensar - tiempo después, cuándo ya estabas enamorada de él y lo reconociste como el hombre de la foto-, que estaban predestinados el uno para el otro (p. 61)

Viajar siempre ha sido sinónimo de libertad, de cambio, y esa sensación en cierta forma le da descanso al alma. En las situaciones de aburrimiento, de tedio y abulia, siempre se sale de viaje para *despejarnos* dice el argot popular. Cecilia Suárez hace mención varias veces de las maletas, los trasteos y los viajes, significando una renovación, no solamente en el espacio físico, sino también en el espiritual. Para Chevalier, “el riquísimo simbolismo del viaje se resume en la búsqueda de la verdad, de la paz, de la inmortalidad, en la búsqueda y el descubrimiento de un centro espiritual” (1986, p 1065). En *el último trasteo*, deja ver ese momento de pérdida, de extrañamiento, en donde no existe nada fijo,

ese momento de extravío donde las cosas que dan seguridad y no cambian, se esfuman por el caos natural que implica la existencia.

El camión llegará en una hora. No sé a dónde voy; es uno de esos momentos en la vida en que estamos totalmente a la deriva del destino. De ahora en adelante, los trasteos tan solo serán míos, seguramente repetidos todos los septiembrés. (Suárez, 1997, p. 44)

“Los trasteos solo serán míos” implica una soledad, pero también una determinación de encarar con gallardía las derrotas y la inestabilidad de la vida. Ese trasteo a nuevos lugares que se ausentan por momentos del dolor, instantes en los que son necesarios el encuentro con uno mismo, con su interioridad para hacer una reflexión acerca de todo lo que se hace a diario.

Me siento en el suelo alfombrado y me pliego sobre mí misma en postura fetal. ¡Qué bello es el reencuentro con nosotros mismos que se da al regreso al vientre! (...) Suelto mis brazos y mis piernas para entregarme, para consumir el matrimonio inevitable con ella: la soledad. (Suárez, 1997, p. 48)

Antes de mencionar los últimos elementos con que finalizará la perspectiva filosófica, es necesario subrayar la simbología del color rojo presente en la mayoría de los cuentos. Relacionado con el fuego y la pasión, tiene una connotación de hembra y macho, está presente en el título del libro y aparece en otras narraciones, generalmente en las prendas de vestir. En este caso, se lo vincula más hacia una atracción física, ya que el cuerpo es muy importante en la esencia del discurso narrativo, en tanto, a través de él se aprehende el mundo y se experimenta el placer de la vida.

Color de fuego y de sangre, el rojo es para muchos pueblos el primero de los colores, por ser el que está ligado más fundamentalmente a la vida. Pero hay dos rojos, el uno nocturno, hembra, que posee un poder de atracción centrípeta, y el otro diurno,

macho, centrífugo, remolinante como un sol, que lanza su brillo sobre todas las cosas con una potencia inmensa e irresistible. (Chevalier, 1986, p. 888)

En *Un vestido rojo para bailar boleros*, la gran pasión de la protagonista, el baile, va acompañada de una candidez, de una energía corporal recubierta de rojo, de ese vestido de seda que sugiere un cuerpo que desea, que sufre, que ama, que tiene vida, que existe y que se encuentra preso por la inmanencia de su esposo; una negación existente de la pareja. “Pienso lo fascinante que sería una noche de baile, con un vestido rojo de seda, medias negras con vena y una pitillera larga de ébano; la compañía, alguien que gozara como yo los boleros” (Suárez, 1997, p. 24)

La fantasía de la protagonista es amputada por su esposo en su esencia lógica de macho insensible. Es el Otro el que niega y es al mismo tiempo, a través del otro, que se llega a la trascendencia. La alteridad impone una relación comunicativa. Sin la presencia del otro nada tiene sentido porque se necesita un par, un semejante para trascender hacia nuevos proyectos, para poder tener una medida y reflejar la vida, las carencias, las virtudes y las angustias en el Otro. Suárez plantea esta reflexión:

De pronto, siento pitos de carros y un empujón brusco de Jorge: “ole, ¿Qué piensa?, ¡la va a coger un carro!”. Suspiro... ¡qué tan difícil es ser lo que quisiéramos! “La negación es el otro”, dijo Sartre, pero, ¿qué tantas negaciones podemos soportar? Y al mismo tiempo, ¿cómo podemos ser sin otros? (1997, p. 36)

La anterior cita tomada del cuento *Si yo viviera un mes en el centro*, muestra a una mujer que anhela pasar unas vacaciones en un barrio del centro; cansada del encierro rutinario, añora caminar por las calles de Francia, pero su marido no la deja.

Me muero de la envidia cuando camino por las calles angostas y me tropiezo con la gente, hombres, mujeres y niños, jóvenes y viejos, abogados y lustrabotas, alegres y tristes, presentes y ausentes; es como si me tropezara con la vida misma. (Suárez, 1997, p. 31)

Para Lévinas la relación con el otro es determinante en la existencia, porque es a través de él, que se puede trascender la vida propia y dirigir su *obra (vida, proyectos)*, hacia la vida de otra persona y vencer así su propia muerte. Cuando Heidegger afirma que *nacemos para morir*, pone al ser humano en un mundo de posibilidades donde la única posibilidad que no puede eludir es la muerte. Pero esta muerte no es razón suficiente para arrojar al hombre hacia el estatismo y la inmanencia, por el contrario, le da sentido a la vida, porque es por ella, que se ve en la obligación de trascender con sus actos, la vida de otras personas.

El sentido viene con la orientación hacia el otro, que Lévinas llama *obra*, que es un proyecto más grande que un solo ser. Este sentido desborda los límites de uno e implica también renunciar al ser el contemporáneo de la conclusión, porque la ‘obra’ es “el ser-para-más-allá-de-mi-muerte. (Begrich, 2007, p. 75)

Pero este encuentro con el Otro es imposible, porque Yo y el Otro, son proyectos inacabados, están siempre siendo, son devenir, siempre viven en un poder-ser. Del modo contrario, si existiese el encuentro con el Otro, sería una forma de conquista y de anulación. “En su extrañez e inalcanzabilidad no es posible encontrar al Otro, en otra forma que no sea ‘yo para él’, no podemos hacer nada más que cuidarlo” (Begrich, 2007, p. 80). Yo me encuentro con el Otro en la diferencia, en su incompletud; de esa manera no puedo hacer otra cosa que acompañarlo, que servirlo y esta es la profunda reflexión que deja este trabajo. “Y así el encuentro con el otro produce una obediencia, que *es obediencia a un otro que sigue siendo otro*” (Begrich, 2007, p. 80)

A manera de cierre, se puede hacer un recorrido por los distintos elementos que configuran la representación femenina y masculina a través de la historia. Una representación que sugiere al hombre activo – positivo y a la mujer pasiva – negativa, que viene a destruirse bajo la mirada filosófica del existencialismo, ya que los dos, son seres existentes que están bajo las mismas condiciones. Hombre y mujer son seres arrojados a un mundo de posibilidades, en donde todas las posibilidades se reúnen en una sola posibilidad: la muerte. Dicha condición los hace mortales, finitos y al mismo tiempo los hace vivir en la carencia, en tanto no pueden elegir todas las oportunidades que el mundo les ofrece.

Vista las relaciones de pareja bajo la premisa de la carencia, el encuentro con el otro nunca se da; al menos no en un cien por ciento, porque de darse significaría una posesión, hecho que demuestran muy bien las protagonistas de los cuentos de Suárez, imbuidas tristemente en esa soledad marital. Soledad que ha sido el producto de una acumulación cultural de nociones que en hombres y mujeres ha sido recibida de formas distintas. Es necesario mencionar la importancia que tienen los arquetipos masculinos (animus) y femenino (anima), en el éxito o en el fracaso de las relaciones de pareja. Para Carl Jung, hay un elemento femenino presente en el hombre al que llamó *anima*, y existe también un elemento masculino presente en la mujer a la que llamó *animus*. A continuación, Carl Jung citado por Sáenz afirma:

La integración por parte de la mujer de elementos considerados culturalmente como masculinos, tales como la autonomía y el juicio crítico, problematizan el matrimonio tradicional para la mujer, mientras que “para aquellos enamorados con la masculinidad y la femineidad *per se*, el matrimonio tradicional es suficiente” (2005).

Los dos arquetipos se han venido solidificando, y tanto mujer y hombre, se han resistido para interiorizarlos, aunque con el terreno ganado recientemente por las mujeres, ellas han sido capaces de asimilar y hacer propio el

arquetipo del animus, hecho que les confiere más independencia y significa de alguna forma, una amenaza para la hegemonía masculina, de construir una figura femenina más completa. Así se demuestra, que cualidades masculinas como el pensamiento, la fortaleza, el raciocinio, la lógica, la valentía, el riesgo y el liderazgo, propios del *animus*, han sido interiorizados con éxito por la mujer. Mientras tanto el hombre, se ha mostrado renuente a adoptar el arquetipo del *anima* en su ser, por considerarlo debilidad; por eso la sensibilidad, la emotividad, el instinto protector y la belleza, han sido elementos más marcados en las mujeres. Vásquez citado por Sáenz lo explica de la siguiente manera:

[...] para entablar unas relaciones con el otro, a nivel personal profundo, es decir, de un yotú, sin quedarse enredado en un enamoramiento superficial de carácter narcisista -el hombre y la mujer comienzan enamorándose de su anima o animus proyectados en el compañero erótico- ni en los prejuicios del sexo, por los que se exalta o rebaja exageradamente al sexo opuesto, sin lograr verlo con ojos de realidad, en su status de persona humana. (Con la integración del anima-animus) el hombre y la mujer saben, por experiencia vivencial, que el misterioso atractivo [...] procedía en su dimensión de fascinante numinosidad perturbadora, del aspecto no reconocido y no aceptado de la propia personalidad arquetípica; su deseo del otro pierde la urgencia de buscar en él o ella algo inefable que venga a llenar el hueco carencial de su ser. Con esto el sujeto se prepara, por una parte, a la verdadera paternidad o maternidad psicológica, es decir, a la creatividad cultural en sentido profundo, y no meramente a la productividad y rendimiento sociales, y, por otra parte, a soportar la soledad (2005)

La simbología con todas sus categorías, la filosofía y la psicología, en un intento de conversación y acercamiento al tema de la soledad en las relaciones de pareja, lo que produce aquí es una reflexión acerca de la conducta del ser humano. Cómo se edifica el destino sobre la cultura y cómo el estudio y el análisis de esa misma cultura, nos ayuda a comprender mejor el pensamiento, los actos cotidianos, la existencia misma, nos insta a tomar mejores decisiones,

teniendo en cuenta no solo la subjetividad, la singularidad, sino también las condiciones de la alteridad sin la cual no sería posible la existencia.

La relación de pareja debe ser vista desde una perspectiva de proyecto, de seres posibles, de personas que están siendo y así como dice Lévinas, se sirven unos a otros porque no pueden hacer otra cosa que acompañarse, en la

adquisición de nuevos espacios y libertades que se van proyectando hacia nuevas posibilidades que la vida les ofrece. Conocer la cultura, promete ya un desprendimiento de los conceptos que arraigan al ser humano en una circularidad sin sentido, atenta contra la vida misma y el deseo, que no es otra cosa que el combustible que nos hace levantar cada día para trascendernos.

Referencias bibliográficas

- Begrich, A. (2007). El encuentro con el otro según la ética de Levinás. *Teología y cultura*, 4(7), 71-10.
- Chevalier, J. M., & Gheerbrau, A. (1986). *Diccionario de los símbolos*. sot 1.
- de Beauvoir, S. (1949) *El segundo sexo*. Libro digital disponible en lectulandia.
- de Lucas, G. C. (2017). *Carne, cuerpo y política: la revolución epicúrea*. Res publica (Madrid), 20(3), 561-579.
- Engels, F. (1888). *El origen de la propiedad privada, la familia y el Estado*. Editorial Progreso, Moscú.
- Estramiana, J. L. Á., Galdós, J. S., & Ruiz, B. F. (2007). De Moscovici a Jung: el arquetipo femenino y su iconografía. *Athenea digital: revista de pensamiento e investigación social*, (11), 132-148.
- Heidegger, M. (1927). *Ser y tiempo*. Editorial Titivillus
- Platón. (380 a de C) *El Banquete*.
- Sáenz, J. (2005) *Lo femenino y lo masculino en la psicología de Carl Jung*. Disponible en: <http://www.adepac.org/inicio/lo-femenino-y-lo-masculino-en-la-psicologia-de-carl-gustav-jung/>
- Sartre, J. P. (1981). *El ser y la nada: ensayo de ontología fenomenológica*.
- Suárez, C.C. (1997) *Un vestido rojo para bailar boleros*. Arango editores.
- Schopenhauer, A. (1818). *El mundo como voluntad y como representación* (Vol. 1). Editorial Titivillus.
- Valera, R. (1960) *La Biblia*. Editorial Nordal.

Referencia

Francisco Fajardo Trujillo. *La soledad en las relaciones de pareja, una perspectiva filosófica en el libro un vestido rojo para bailar boleros de Carmen Cecilia Suárez*
Revista Ideales (2020), Vol. 10, 2020, pp. 92 - 100
Fecha de recepción: Agosto 2019 Fecha de aprobación: Mayo 2020